

La destrucción de la realidad en el espectáculo televisivo*

Catedrático Jesús González Requena

Universidad Complutense de Madrid
gonzalezrequena@telefonica.net

Resumen

La sociología del conocimiento del siglo XX llegó a tomar conciencia de que la realidad es el resultado de un proceso discursivo de construcción –la *realidad*, después de todo, es eso que entendemos, es decir, eso que pesamos, representamos, y articulamos discursivamente sobre el mundo que habitamos–.

Pues bien, si eso es así, ¿no deberíamos sacar de ello todas las consecuencias? Todas y especialmente ésta que incluso la misma sociología del conocimiento no logró alumbrar: que si la realidad se construye en los textos que nos permiten pensarla, igualmente en ellos, en los textos, puede ser destruida.

Sobre eso, exactamente, versará esta reflexión: sobre cómo el texto televisivo –es decir: el texto hegemónico en la sociedad occidental contemporánea– se ha convertido en un instrumento de destrucción masiva de la realidad. Seguramente les parecerá excesiva la hipótesis que les propongo. Pensarán que, por muy degradada que se encuentre la televisión, carece de fuerza para destruir la realidad. Veámoslo.

Palabras clave

Sociología del conocimiento; realidad; intimidad; discurso televisivo.

* Conferencia impartida en el 2º Congreso Mundial de Semiótica y Comunicación: La dimensión de los Mass-Media, Monterrey, México, 20/10/2005.

Abstract

Twentyth century sociology of knowledge became aware of the fact that reality is the result of a discursive process of construction reality, after all, is that we understand, this is that which we think, represent, and articulate discursively about the world we inhabit. Well then, if that is so, shouldn't we extract from it all its consequences? All of them are specialy this one wich even sociology of knowledge itself did not manage to illuminate: that if reality is built upon the texts that allow us to think it, equally, in them, in the texts, it can be destroyed. Exactly about that will discourse this reflection about how televisive text this is: the hegemonic text in current western society has become an instrument of mass destruction of reality. The hypothesis that I am putting off will probably seem excessive. You will think that, however perverted television is, it lacks the power to destroy reality. We will see it.

Key words

Sociology of knowledge; reality; intimacy; televisive discourse.

Construcción y destrucción de la realidad

Para intentar argumentar mi propuesta con algo de sosiego, permítanme algunas reflexiones teóricas que luego, en seguida, trataré de demostrar de una manera mucho más concreta, es decir, a través de ejemplos sacados de la actualidad televisiva misma.

Quizás ustedes hayan reparado en el punto débil de las teorías habituales sobre la función de los medios en la construcción de la realidad. Estriba en que, por lo general, cuando tratan de demostrar cómo los medios realizan tal construcción, acaban siempre comparando esa realidad construida con una realidad inmediata a la que ellos tienen, al parecer, acceso directo.

De manera que, finalmente, la idea misma de la construcción de la realidad acaba convertida en poco más que una metáfora que se agota nombrar el hecho de que los medios construyen ciertas representaciones de la realidad que no coinciden –y que distorsionan– la realidad objetiva, tal y como ellas, en nombre de la ciencia, describen. De manera que, al final, también sus autores acaban pensando que la realidad es

una cosa en sí misma evidente, diferente de los discursos que construimos sobre ella.

Por mi parte, por el contrario, quisiera hacerles ver hasta qué punto no hay otra realidad posible para el hombre que la que él mismo construye con sus textos. Pues la ciencia misma no es después de todo otra cosa que un conjunto –por lo demás contradictorio– de cierto tipo de discursos que participan, también ellos, del proceso de construcción de la realidad.

Pero quisiera plantearles la cuestión en un plano mucho más próximo, apelando a su experiencia personal. ¿Qué es la realidad para cada uno de nosotros?

Cada uno de nosotros, en tanto que vivimos, sufrimos –y anoten la palabra que escojo: *sufrimos*– experiencias de todo tipo. Experiencias, sin duda, reales. Pero, porque las sufrimos, sabemos de su brutal heterogeneidad, de su carácter caótico.

Y por eso todos sabemos, igualmente, del esfuerzo que nos cuesta dotarlas de sentido, unificarlas, volverlas comprensibles. Incluso, en el límite, sencillamente, soportarlas.

¿Cómo lo logramos? O más exactamente, ¿cómo lo logramos, cuando lo logramos? Porque todos conocemos a gente que, en algún momento, fracasa en ese esfuerzo y, sencillamente, se rompe. –*Se vuelve loca*–, decimos entonces.

Les llamo la atención sobre ello para que reparen en que eso, dotar de sentido a ese amasijo de experiencias desordenadas del mundo que experimentamos no es algo que esté dado sin más; que, por el contrario, es una tarea, un trabajo, que manifiesta una considerable dificultad.

Pues bien, ¿cómo lo logramos, cuándo lo logramos? Lo logramos, precisamente, a partir de los discursos que poseemos: de ellos depende que podamos realizar, no sin inevitables contradicciones, una cierta síntesis que nos permita orientarnos, dotar de sentido a nuestra experiencia del mundo.

Pues bien: si han seguido mi argumentación hasta aquí, se darán cuenta de que eso que llamamos *la realidad*, nuestra realidad, no es separable de esos discursos que nos permiten configurarla, volverla inteligible, dotarla, en suma, de sentido.

Permítanme una diferenciación conceptual. Les invitaré a llamar *lo real* al ámbito de esas experiencias singulares, heteróclitas y caóticas, que experimentamos constantemente. Y les invitaré a llamar *la realidad*

al resultado de la integración de esas experiencias a través de los discursos que nos permiten integrarlas, volverlas inteligibles, dotarlas de sentido, en suma.

Les estoy hablando, después de todo, de la célebre diferencia kantiana entre la cosa en sí y la cosa para mí. Kant decía que la cosa en sí se nos escapa, que nos resulta ininteligible. Que lo que entendemos de las cosas son las cosas para mí, es decir, las cosas en tanto filtradas por los *a priori*, esos esquemas que configuran nuestra razón.

Pues bien, la distinción kantiana conserva, en mi opinión, toda su validez. Sólo añadido, con respecto a ella, un par de cosas. Por una parte esta: que la cosa en sí, eso que llamo lo real, es algo que, aunque no entendemos, sufrimos –todos sabemos del sufrimiento con el que nos asaltan los en sí mismos incomprensibles golpes de lo real–.

Y, por otra parte, esta segunda cosa: que esos esquemas que configuran las *cosas para mí* son los del lenguaje. Que las cosas para mí, es decir, la realidad, nace como efecto de los discursos que nos permiten representarlas y, así, pensarlas, dotarlas de sentido. De lo que se deduce que lo que llamamos realidad es indisociable de las representaciones que construimos para pensar nuestras experiencias singulares de lo real.

Ahora bien, si la realidad es algo que construimos con los discursos, es decir, con los textos, deberán ustedes reconocer que igualmente podemos destruirla, en la misma medida en que destruycamos los textos que nos permiten conformarla.

¿Dónde estás corazón?

Veámoslo a través de un ejemplo: la emisión del 19 de marzo de 2004 del programa de Antena 3 *¿Dónde estás, corazón?*



Pero observen qué cosa tan notable: en un programa de está índole va a ser suscitada expresamente la discusión sobre la función del informador:



– El tema con seriedad lo hemos tratado muchos profesionales desde el principio.

Y la reivindicación de la libertad de información:



–Estamos informando y es lo que no se nos está permitiendo hacer en muchas ocasiones.

¿Cómo se articula lo uno con lo otro?

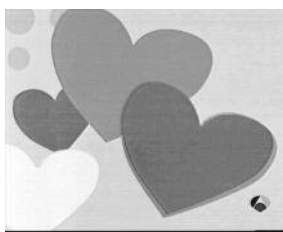
Conviene tomar la cosa en serio porque nos encontramos en un territorio donde lo que está en juego, en ese texto, el televisivo, que es el texto hegemónico en nuestras sociedades contemporáneas, es la *información*, es decir la puesta en discurso, la representación, de las emociones humanas.

Quiero llamarles la atención sobre la importancia de esta cuestión, pues es un hecho que hasta hace muy poco el debate social sobre el empleo de los medios de comunicación se ha centrado exclusivamente

en el tratamiento de la información de índole política, como si fuera la única cuestión realmente relevante.

Y sin embargo es en este otro territorio donde se juega la puesta en discurso, la representación, la construcción de la realidad en su aspecto más subjetivo: el de los sentimientos y las emociones humanas. De manera que en ello se juega, nada más y nada menos que el cómo concebimos al ser humano.

Y bien ¿cuál es la concepción del ser humano y de sus emociones que reina en programas como este?



Antes incluso que el título mismo aparezca, unos grandes corazones, intensamente rojos, se mueven al ritmo de sus latidos.

De manera que la palabra *corazón* funciona metonímicamente: la parte por el todo: se llama corazón a alguien a quien se quiere. Por tanto, los destinatarios del programa reciben un mensaje de amor.

Aunque podríamos, también, escuchar el sentido literal: el corazón, como órgano del cuerpo humano. Habrá ocasión de constatar cómo ambos aspectos se encuentran suscitados y, propiamente, tematizados.

Por lo demás, una interrogación bien literal ciñe ese corazón.



¿Dónde está el corazón? ¿Se está hablando del amor?

Pero, en seguida, el movimiento del corazón se prolonga ahora en un movimiento de caderas.



Las imágenes que siguen se desenvuelven en ambos territorios –el del amor y el de lo orgánico–, añadiendo una evidente carga espectacular obviamente erótica.



Y, en seguida, el corazón aparece localizado ahí, en su lugar biológico, tras esos dos grandes pechos de mujer.



El color que todo lo baña es el rojo. El color de la pasión, también el de la sangre que el corazón bombea.



–Ay.

De eso se trata, les decía hace un momento: del sufrimiento humano.



–Ay, *cómo pasa el tiempo.*

Y se trata también, sin duda, del tiempo de las emociones. De esas emociones que van a ser tratadas, nombradas, por esos profesionales de la información que se encuentran ahí reunidos. Tiene lugar por eso una inmediata apelación a la actualidad:



–12 y 35 minutos. 11 y treinta y cinco en Canarias. Es una buena señal que el tiempo pase rápido.

Es la hora del *ahora mismo*. Eso está sucediendo en directo, en caliente.



–Tengo un titular: dos millones y medio. Quince mil euros para un padre que nos está viendo. ¿Qué les parece? ¿Qué tienen que hacer?



–Enviar un mensaje con la palabra papá.

Sabemos lo que todos saben: que en estos programas se cobra por participar en ellos. Que en ellos se compra y se vende la intimidad de los seres humanos.

Ahora bien, ¿tiene un precio el corazón de papá? ¿Todo tiene un precio?

Parece evidente que sí: observen cómo ahora los latidos del corazón poseen el sonido de una caja registradora.



– De quince mil euros, dos millones y medio de pesetas.

El precio del corazón, pues. Eso, exactamente, es lo que está en juego.

Adviértanlo: ninguna ideología está en juego, pues no se apela a ningún valor axiológico. Es el discurso del capital al desnudo, una vez que hace explícita su lógica de base prescindiendo de toda cobertura ideológica. No hay otra cosa, en suma, que esto: la conversión absoluta del mundo –y de todos y cada uno de sus objetos y seres– en mercancía.



– El debate: recuerden: Carmina, Belén, ¿maldición o forma de vida?

Se trata de *Carmina* y de *Belén Ordóñez*, las dos hijas de uno de los más celebres toreros españoles, ya hace años muerto. *Ahora*, en el tiempo en el que el programa se realiza y emite, mujeres maduras objetivo constante de los autodenominados medios de comunicación de masas.



–El problema es que es una señora que ha elegido su tipo de vida. Y quiere vivir así. Y le da igual la familia, etc., etc.





—Cuando más sensata ha estado, ella lo ha explicado. Además, me parece de puta madre elegir tu destino, aunque sea autodestructivo. Pero no queráis arroparla ni nada. Ella va puesta de lo que sea al programa que sea, la lleve su marido, la lleve quien sea. Porque ella quiere ir. Porque quiere trincar para comprar más.

Es en este contexto donde emerge el discurso sobre la función periodística:

–Estamos informando y es lo que no se nos está permitiendo hacer en muchas ocasiones.



Y bien, ¿Cuál es la obligación del periodista?



–Mi obligación como periodista es decir: no está en un balneario por una desnutrición. Está en un centro terapéutico desintoxicándose. Porque yo soy periodista.

El público del plató aplaude entusiasmado.



Aplauda la conversión en espectáculo público de la vida privada de un ser humano. Aunque, parece evidente, la categoría de ser humano hace tiempo que se ha extinguido en el espectáculo televisivo.



—A estas alturas yo creo que es evidente que las dos hermanas tienen problemas de adicción, yo creo que eso está clarísimo. Y yo creo que seguir abundando en esa llaga de dos mujeres que realmente son dos enfermas...



—Antonio, no estamos hablando, estamos informando y es lo que no se nos está permitiendo hacer en muchas ocasiones.

En cualquier caso, se apela explícitamente a la dignidad de la función social de la información y a la libertad constitucional que la ampara. Pero desde luego no para garantizar el derecho a la información de los ciudadanos. Se trata, por el contrario, de una operación que no tiene otro propósito que suprimir el derecho a la privacidad, a la intimidad –que es, conviene añadirlo–, el más tardío de los derechos humanos conquistados por Occidente.

Y suprimirla con el fin de especular, pero en el sentido estrictamente económico del término; es decir, obtener beneficio económico a partir de la destrucción de la intimidad de un ser humano. Que es de eso de lo que se trata, es algo que se evidencia de inmediato:



–Estoy cansada de que se nos vendan cosas que no son.

¿A partir de qué momento, en nuestra sociedad, se ha establecido la equivalencia directa, inmediata, entre *decir* y *vender*?

El mercado lo ha invadido todo: todo se ha convertido en mercancía. Y el alma, en ese proceso, resulta inevitablemente aniquilada. Y adviértese que no hablamos de otra alma que esa que los textos de nuestra historia han construido al configurar un campo vedado a la mirada pública donde el sujeto pueda constituir y salvaguardar su subjetividad.





– *Carmina ingresó por una adicción. Y cuando el tiempo no tuvo más narices que darnos la razón, salió ella diciendo: sí señor, tengo una adicción.*

Como ven, se la obligó a confesar su adicción. Ahora bien, ¿no entra en conflicto con los derechos constitucionales básicos el obligar a alguien a confesar su vida privada?



–*Yo, como informadora... Yo no voy a obligar a Belén Ordóñez a que me cuente a mí nada que ella no quiera.*



–No la voy a obligar. Ahora, mi obligación como periodista es decir: no está en un balneario por una desnutrición. Está en un centro terapéutico desintoxicándose. Porque yo soy periodista. No la voy a obligar. Ahora, mi obligación como periodista es decir: no está en un balneario por una desnutrición. Está en un centro terapéutico desintoxicándose. Porque yo soy periodista.



Aplausos. Música.

Conocen ustedes la justificación: Carmina Ordóñez es una de esas figuras públicas que vende las imágenes de sí misma a los medios de comunicación. Y bien, se nos dice: si las ha vendido una vez, no tiene ya derecho a negarse a seguir haciéndolo.

El capitalismo, hasta ahora –es decir, hasta la era televisiva–, no había llegado nunca tan lejos. Hasta ahora, el que alguien vendiera –o se vendiera– una vez no le obligaba a venderse siempre. Y, mucho menos, a ser expropiado cuando se negara.

Permítanme un ejemplo extremo: el que una mujer se prostituya durante una temporada no le obliga a seguir prostituyéndose el resto de su vida. Eso se llama libertad de mercado. Pues bien: resulta realmente notable que, por lo que a los individuos se refiere, la libertad de mercado haya periclitado en el espectáculo televisivo contemporáneo.

Debería –digo debería, porque de hecho es algo que no sucede– producirnos un escalofrío ese salto en el vacío que conduce del derecho de alguien a vender ciertas imágenes de sí mismo, al derecho del otro a arrancar imágenes e informaciones de ese ser contra su voluntad.



–María, ¿alguien de los que está aquí, según tú, ha estado ocultando...?



–No, yo me refiero...

–Yo he dicho que lo que no me parece bien es que esa serie de desgracias que han tenido, que ha habido muchos cánceres en su familia, una serie de desgracias, de separaciones... bueno que ha sido todo el vídeo que se ha comentado antes...





–*Todo el mundo que tiene cáncer no acaba drogado, Macoque.*

–*Que no he dicho...*

–*Vamos hombre...*



Aplausos.

Incluso el interior mismo del cuerpo y, en él, el órgano enfermo, deviene, por obra del espectáculo televisivo, en mercancía susceptible de general beneficio económico.

Deconstrucción y TV

Saben ustedes que el siglo XX ha sido el de la deconstrucción. Pero convendría añadir que esa tarea, la de la deconstrucción, ha sido completada, de manera masiva y absoluta, por la televisión contemporánea.



Nada como ella nos ofrece el estado mismo de nuestro marasmo civilizatorio: millones de espectadores abocados al consumo de un espectáculo incesante en el que, una vez deconstruido todo universo simbólico, la pulsión visual se alimenta de las huellas brutas –y brutales– del sufrimiento humano de manera inmediata, en ausencia de toda configuración simbólica y de toda estilización representativa.

En el límite, la función misma del actor –ese mediador que permitía la estilización simbólica del drama humano– tiende a su extinción: en su lugar, tan sólo, cuerpos reales a los que las omnipresentes cámaras televisivas arrancan las huellas de su sufrimiento para ofrecerlas, de manera in/mediata –es decir: no simbólicamente mediada, ni construida, ni elaborada– para el goce pulsional de la mirada.



Reducidos, en suma, al estatuto de basura: resto, detritus, alimento de un goce sórdido, pues, absolutamente vacío de sentido.

Un texto, en suma, el televisivo, netamente paradójico, pues absolutamente desimbolizado: no un texto *representativo* –es decir: ya no une que construya simbólicamente la representación del drama humano– sino uno meramente *presentativo*: constituido, sin más, por las huellas brutas de lo real que las cámaras graban.

En suma: arribo a un grado cero de la representación, donde sólo las huellas de lo real se ofrecen exentas de todo patrón de simbolización y, por tanto, de toda estructura generadora de sentido. Un grado cero de la representación que constituye un punto límite de desintegración cultural: un texto que, constituido en el polo extremo de la dialéctica de la representación, procede, de manera masiva, a la aniquilación de la realidad.

De manera que en el punto de llegada, ya sólo hay una verdad, infinitamente alicaída, al alcance del telespectador: la que proclama la corrupción generalizada del mundo en sus diversas variantes, desde la corrupción de los discursos a la corrupción, bien literal, de los cuerpos y de sus corazones.





—Pero ¿y Belén?, María, para abreviar. ¿Cómo se explica que Belén haya llegado a esta situación?

—Vamos a ver. Yo es que Belén, personalmente, y por eso lo reconozco... Igual que Carmina es un personaje que he trabajado más, no la conozco ni la he trabajado tanto porque no ha tenido tanta repercusión pública. Probablemente, a veces sí le ha podido influenciar más el apellido y las circunstancias familiares. Carmina ha sido una soberbia durante toda la vida. Y se ha creído que con el apellido... y era un producto mediático que ha explotado hasta el máximo y le ha pasado factura. Y hasta hace dos días... hasta hace dos días yo escuchaba cómo muchísimas personas que se suponen que la queréis... que se supone que la queréis y que la habéis dejado salir de una manera... en imágenes deplorables, por explotarla económicamente... ahora mismo no intentes vender que el apellido es la cruz que tiene encima Carmina. No. Ha sido un producto del que habéis vivido muchísima gente...



...muchísima gente, que habéis explotado hasta el límite y que con su actitud irresponsable y con la vuestra os la habéis cargado. Eso es lo que creo.

Aplausos.

Admirable desparpajo el de la profesional de la destrucción informativa: me refiero a la soltura con la que acusa a los otros de hacer eso mismo que ella también hace.

Es decir, a la soltura con la que a la vez nombra, critica y participa en una de las formas de explotación del ser humano más bárbaras que el capitalismo ha conocido a lo largo de toda su historia.



¿Saben ustedes? Carmina Ordóñez se suicidó pocos meses después de la emisión de este programa.

Pero no podemos decir que fuera él el culpable. Pues había decenas más como él.

